

La familia como sistema abierto

E. Francisco SANCHEZ GARCIA
Universidad de Sevilla

La Teoría General de Sistemas es un paradigma que se está afianzando como clara alternativa en el campo de la intervención comunitaria. A continuación, tras introducir una visión sistémica de la realidad, presentamos la familia como un sistema abierto, enfrentada al reto de evolucionar sin que ello conlleve una continua inestabilidad. Si pensamos en la salud psicológica de las personas, puede ser tan perjudicial la familia inestable como la que amarra a sus miembros y les impide evolucionar.

Sistemas abiertos y sistemas cerrados

Se define un sistema como un complejo de elementos interactuantes con un nivel de resolución espacio-temporal (Bertalanffy, 1968). Los sistemas constituyen un todo unitario en el que cada parte está interrelacionada de forma cíclica con las demás partes (Delclaux y Seoane, 1982), y donde el conjunto de esas partes forma una unidad cuya función conjunta está por encima de la suma de las funciones individuales de sus componentes. Un sistema forma algo claro y distinto, perfectamente delimitado de su entorno, y que cumple una funcionalidad de conjunto.

Una de las mejores aportaciones de la Teoría General de Sistemas y, concretamente, de L.v. Bertalanffy ha sido la posibilidad de distinguir entre sistemas abiertos y sistemas cerrados. Un sistema es considerado abierto cuando hay en él alguna variable que recibe energía –información– del medio y/o alguna variable que suelta energía –información– al medio. En algún caso han sido estudiados los sistemas como cerrados –que no tienen ningún punto de comunicación con el medio–, pero eso se ha hecho así, o bien porque se trata de sistemas aislados artificialmente del medio, o bien porque se haya preferido considerarlos como cerrados, en aras de una mejor comprensión de su estructura interna.

La posibilidad de estudiar los sistemas como abiertos permite describir el comportamiento de los sistemas reales de la naturaleza sin separarlos artificialmente del resto de elementos de su entorno. Aunque en algunos campos de la realidad aún es muy bajo el nivel de formalización al que se ha llegado en la explicación de sus sistemas, lo que no se le puede negar al paradigma es su adecuación para comprender el Todo del Universo como la conjunción de una serie de subsistemas que, a su vez, están constituidos por subsistemas de orden inferior ..., a la vez que en cualquier nivel concreto de esta jerarquía se encuentran sistemas semejantes que mantienen entre ellos puntos de intercambio. Así pues, desde este paradigma los sistemas están abiertos a fuerzas morfogénicas que provie-

nen, en un primer nivel, de los propios subsistemas que los constituyen y, en segundo nivel, de los sistemas de su entorno.

Para que estas fuerzas impulsoras del cambio no produzcan división y destrucción progresivas, se necesita de un proceso evolutivo de tipo neuentrópico, de progresiva organización de la materia. Bertalanffy considera la entropía como un proceso degenerativo de la materia en el que los cambios llevan hacia un estado de mayor probabilidad y menor organización, para llegar como fin al equilibrio termodinámico donde la probabilidad es máxima y la organización es nula. La neuentropía es un proceso metabólico característico de los sistemas *abiertos*, por el que cogen materia, energía o información del medio y la utilizan para reestablecer el equilibrio dinámico o equilibrio uniforme del sistema.

Otro concepto muy relacionado con los de sistema abierto/cerrado, y que se ha aplicado frecuentemente a algunas familias con determinadas características (en el siguiente apartado hablaremos de la familia desde una perspectiva sistémica) es el de homeostasis. Cuando se habla de homeostasis en sentido estricto nos estamos refiriendo al estado de equilibrio inalterable propio de los sistemas cerrados pero, sin embargo, este concepto de homeostasis es muy utilizado para referirse a estructuras familiares –sistema abierto– con gran resistencia a los cambios. Cambios que son necesarios en la familia para permitir la más rápida evolución de sus miembros más jóvenes, y así evitarles posibles desequilibrios internos.

La familia como sistema abierto

Después de haber concretado las características de los sistemas cerrados/abiertos vamos a centrarnos, a continuación, en el estudio de la familia como sistema abierto.

Hemos elegido la familia como objeto de aplicación del paradigma sistémico por un doble motivo: el prestigio alcanzado en la actualidad por el movimiento de *terapia sistémica de la familia*, y el considerar que la

familia es un grupo primario —un grupo pequeño, relativamente estable y con fuertes implicaciones relacionales entre sus miembros— y, por lo tanto, de especial importancia para el desarrollo psicológico de sus miembros.

Al estudiar la familia se puede ver cómo es un sistema abierto bajo tres modalidades: a) en un primer nivel y como grupo está abierta a otras familias o grupos próximos con los que interactúa; b) a un segundo nivel, cada miembro de la familia establece canales de comunicación con otros sistemas en los que también se incluye para otras actividades específicas; y c) además cada sujeto de la familia tiene psicofisiológicamente un ritmo evolutivo propio. Así pues, evidentemente, la familia es un sistema abierto a estos tres canales de influencia externos a su propia estructura de sistema concreto. Cualquier familia mantiene conexión con los elementos individuales y grupales que la constituyen, al igual que con la familia extensa o con la comunidad donde vive y al igual que con otras familias cercanas.

Todos estos puntos de abertura o de contacto con el medio son puntos de influencia o fluctuaciones del medio, a las cuales la familia ha de adaptarse por medio de conductas de autotransformación proporcionadas por mecanismos de regulación propios.

A la hora de describir la estructura funcional de la familia, atendiendo a estos múltiples puntos de interinfluencia con el medio, se suelen distinguir dos aspectos o dimensiones: a) la dimensión sincrónica, morfológica —tendente al equilibrio o no cambio— y estructural; y b) la dimensión diacrónica, morfogenética —impulsora de cambio— y transgeneracional.

El eje vertical o diacrónico

El eje vertical representa la posibilidad de transmitir los valores generacionales, a la vez que de adaptarse a los cambios impulsados tanto desde dentro como desde fuera.

A lo largo de este vector tiempo hay unos valores e informaciones transmitidos de generación en generación que la familia, inconsciente o conscientemente, conserva o intenta conservar. Así, cuando comparamos una familia con sus respectivas familias de origen es frecuente encontrar paralelismos estructurales o semejanzas en la forma de comportarse.

Pero en oposición a lo anterior y como movilizados del cambio, se producen, a través del tiempo, accidentes sociales, culturales e intrafamiliares a los que la familia ha de adaptarse. Esto son perturbaciones del medio que exigen la réplica de actividades reguladoras o de cambio de actividades —interacciones—. Estas perturbaciones del medio, también llamadas *organizadores* (Ruiz de Munain, 1983), se pueden encontrar en clasificaciones muy diversas. Así podemos diferenciar, como organizadores, los nacimientos o muertes de algún miembro de la familia, los de tipo biológico —etapas de desarrollo de sus miembros— y los socioculturales (op. cit). También podemos diferenciar las distintas etapas por las que pasa la historia de la familia. En este sentido podemos establecer la siguiente clasificación: momento de formación de la pareja, los hijos pequeños, los hijos en edad escolar o adolescentes, los hijos adultos y la etapa en la que la pareja

vuelve a estar sola o periodo del *nido vacío* (Minuchin y Fishman, 1981).

Vamos a desarrollar y a relacionar de forma dinámica las distintas etapas por las que pasa la familia. En torno al matrimonio y formación de la pareja ha de irse constituyendo un compromiso afectivo y una tipificación de roles. El peligro está en cómo se haya conseguido la individualidad de la díada en la pareja y cómo se haya remodelado la unión de la pareja con sus respectivas familias de origen (Fontaine, 1984). El segundo momento importante gira en torno al nacimiento del primer hijo, estando el problema en saber diferenciar y no hacer incompatibles o interdependientes la afectividad que se da al hijo y la que se da al cónyuge. Hay que pretender que no se trate de un *juego de sumas a cero* (Watzlawick, 1983), en el que el hijo gana la afectividad que el padre o la madre pierden, sino de un juego donde *todos ganan*. El tercer factor de cambio es la autonomización y progresiva socialización del hijo. En esta etapa, el peligro está en *triangular* al niño (Boen, 1960) y retardar su desarrollo (Fontaine, 1984) *utilizándolo en las dificultades del diálogo conyugal como una víctima propiciatoria, como un sujeto de preocupación y/o como mensajero —yo-between— de lo que no se puede decir directa y abiertamente entre el matrimonio.* (p. 291).

Nos hemos referido a crisis propias de la formación y organización de una familia. Pero llegado un momento de máxima densidad familiar se va produciendo un progresivo decrepito que normalmente termina con la soledad de la pareja —nido vacío—. Es un hecho que toda familia constituida por padre, madre e hijos tiende a autoprotgerse de los agentes del cambio. En este sentido las separaciones por imperativos madurativos producen crisis, con lo que ello conlleva a la vez de riesgo y de ocasión para madurar (Minuchin, 1972). Así se habla, como ejemplos más frecuentes, de la crisis del *adulto joven* (Fontaine, 1984) por el abandono del hogar paterno y la subsiguiente integración en la sociedad. En los padres se da la crisis del *nido vacío*, cuando todos los hijos ya han abandonado el hogar y ellos se quedan de nuevo frente a frente con un matrimonio desprovisto del sentido que en un momento le pudieron dar los hijos. Cuando los progenitores son abuelos también suele darse la crisis de la senescencia, caracterizada por sentimientos de abandono e inutilidad.

La familia, a través del tiempo, ha de responder de alguna forma a los agentes del medio, tanto interno como externo, que pueden trastocar su estabilidad y de los que hemos hablado en este apartado. Ante este peligro de los agentes externos los sistemas menos desarrollados han utilizado mecanismos de defensa más rígidos —por ejemplo, el caparazón para la tortuga o el sacrificio del paciente identificado en el sistema-familia—, mientras que otros organismos han invertido sus esfuerzos en aras de una mayor complejidad estructural capaz de metabolizar los cambios del medio en un proceso de asimilación/acomodación (Werteheim, 1973). La familia se siente en la necesidad de pasar de un estado desestructurado a un estado de progresiva estructuración debido a las influencias —informaciones— que le vienen del medio tanto interno —aportaciones individuales de cada miembro— como externo —de otros sistemas del entorno—. Los siste-

mas más complejos en cuanto a sus estructuras relacionales son los más flexibles, con más posibilidades de adaptarse a los cambios del medio y, por lo tanto, más estables.

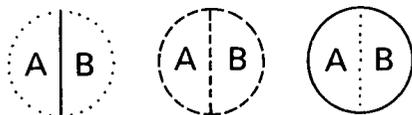
El eje horizontal o sincrónico

El eje horizontal representa los lazos, alianzas y comunicaciones que configuran la estructura interaccional que caracteriza a una familia. Esta estructura se ha ido constituyendo a través del tiempo y sus interinfluencias se hacen efectivas cada vez que transcurre una unidad de tiempo. Estructura y tiempo se necesitan mutuamente y no pueden existir de forma independiente.

Este eje sincrónico o estructural siempre ha recibido mayor atención por parte de los investigadores en *terapia de familia de orientación sistémica*. Uno de los temas más tratados, dentro de esta perspectiva sincrónica, ha sido el tipo de articulación existente entre los sujetos que constituyen la familia. Al hablar de este tipo de articulación nos estamos refiriendo a dos aspectos principales: a) las dimensiones comunicacionales que relacionan a los miembros de la familia, así como los roles asumidos por ellos en el sistema familiar; y b) el grado de diferenciación/cercanía, separación/simbiosis existente entre los distintos subsistemas que constituyen cualquier sistema de orden superior y entre dicho sistema y su entorno.

Al primer aspecto de la estructuración familiar —dimensiones comunicacionales existentes— hemos dedicado especial atención en otros trabajos (Sánchez, 1985; 1987; 1988).

	Familia desligada	Familia normal	Familia aglutinada
Límites intrasistémicos	rígido	claro y franqueable	difuso
Límites extrasistémicos	difuso	claro y franqueable	rígido



Cuadro 1. Tipo de estructuración familiar en función del tipo de límites intra e intersistémicos. (Adaptado de Willi, 1975, p. 22 ed. 1978).

Respecto del segundo aspecto, que vamos a concretar en el tipo de límites que definen el sistema tanto a nivel *intra* como *intersistémico*, se pueden encontrar los siguientes tipos de límites: claros y rígidos, claros pero flexibles o franqueables y, por último, difusos y casi inapreciables —ver cuadro 1.— (Willi, 1975). Por otra parte, según cuál de estos tres tipos de límites se den en un sistema familiar, tanto para diferenciarse de

su entorno —diferencias entre sistemas— como para diferenciar en él los distintos miembros que lo constituyen —diferencias dentro del sistema—, se suele hablar de familias *desligadas*, *normales* o *aglutinadas* (Minuchin, 1974).

Por lo que respecta a los distintos subsistemas familiares, podemos afirmar sin descubrir nada nuevo que las uniones o conexiones intra-sistémicas son más fuertes que las uniones entre-sistemas (Simon, 1962). Así se considera deseable dentro de una visión sistémica que la unión intraindividual sea mayor que la existente entre los cónyuges o pareja de individuos, que la unión entre los padres sea mayor que la que se mantiene entre ellos como sistema parental y los hijos como sistema fraternal; que la unión de la familia nuclear ha de ser mayor que la que se mantiene entre ésta y otros sistemas sociales, etc.

En este sentido y diferenciando en una familia el subsistema parental-ejecutivo del subsistema fraterno, nos podemos encontrar con múltiples situaciones distintas de entre las que seleccionamos las dos siguientes por considerarlas suficientemente ilustrativas: en la figura 1, a) nos encontramos con un sistema en el que la madre por sí sola constituye el subsistema parental-ejecutivo —subsistema de control— y los hijos el subsistema fraterno —subsistema de obediencia y consumo—; de forma muy diferente, sin embargo, como podemos apreciar en la figura 1, b), uno de los hijos es hijo parental (HP) y colabora con la madre en tareas de control de la familia. En este segundo caso nos encontramos con una incongruencia jerárquica o disfunción de roles (Madanes, 1984) que puede derivar en sintomatologías patológicas de relativa gravedad.

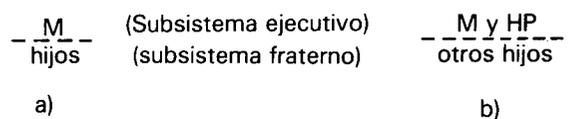


Figura 1. El subsistema ejecutivo y el subsistema fraterno: a) la madre (M) por sí sola constituye el subsistema ejecutivo; b) el subsistema ejecutivo está constituido por la madre (M) y el hijo, que en estos casos, se suele llamar parental (HP).

Así se pueden encontrar multitud de estructuras disfuncionales de familias concretas. A modo de ejemplo presentamos el diagnóstico realizado sobre una familia concreta a partir de los datos obtenidos con la técnica de rejilla (Sánchez, 1988).

Se trata de una familia en la que se han formado dos grupos, con comunicaciones armónicas, o civilizadas al menos, dentro del grupo, y con continuos enfrentamientos y desacuerdos con los del otro grupo —ver figura 2—. Un grupo está formado por madre e hija, y el otro por los dos hermanos —para ver resultados de los que se han obtenido estas conclusiones consultar Sánchez 1988—.

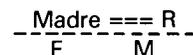


Figura 2. Límites y alianzas intrafamiliares.

En esta familia se pudo apreciar la gran importancia que tenía el factor *conciliación/disputa*. En los resulta-

dos estadísticos obtenidos con el cuestionario –rejilla– del paciente identificado (P.I.) podemos encontrar datos de interés. Parece ser que el P.I. mantiene con su madre una relación de protección mutua, mientras que con su hermano se puede permitir una comunicación más libre y explícita. La intercomunicación que se da entre el P.I. y su madre parece ser tanto verbal como no verbal, indistintamente. Pero el problema está en que existe una contradicción sistemática entre ambos canales de comunicación, que mantiene a ambos sujetos atados a una relación de esclavitud o relación homeostática.

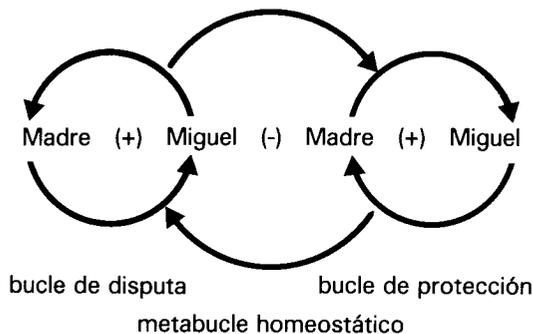


Figura 3. Relación de doble vínculo existente entre Miguel y su madre.

Así, a nivel explícito o verbal, la relación que se da entre madre y P.I. es de disputa y enfrentamiento –ver figura 3–. Este bucle de retroacción positiva sigue un crecimiento exponencial y llevaría a la ruptura si no fuera porque sus efectos son contrarrestados por un segundo bucle de sentido contrario como es el que mantiene entre madre e hijo (P.I.) una relación de protección mutua a nivel de relación afectiva o no verbal. Este segundo bucle que, por sí solo, llevaría a madre e hijo a una unión simbiótica que anularía las diferencias entre ambos e impediría el más mínimo proceso de independencia, paradójicamente, cumple la misión de evitar la ruptura a la que llevaría el bucle de disputa. Dichos bucles, uno de enfrentamiento y otro de unión simbiótica, son los elementos complementarios que se ponen en relación a un nivel superior –metanivel– para constituir un meta-bucle de retroacción negativa que sustenta la homeostasis o equilibrio familiar, aunque a costa de impedir la individualización de sus miembros porque este equilibrio rígido de la familia exige el tributo de los bucles de nivel inferior, como son las continuas disputas y las interprotecciones exigidas por la enfermedad.

Efectivamente, algunos autores (Selvini et al., 1985; Ruiz de M., 1983) han hablado de un nivel de comunicación verbal que muestra un *feed-back* positivo y un segundo nivel de comunicación, normalmente no verbal o afectivo, que muestra efectos estabilizadores o de *feed-back* negativo. La comunicación verbal incita a los miembros jóvenes de la familia al desarrollo –cambio individual– mientras que la comunicación no verbal es portadora de valores de *continuidad* (Zuk, 1981).

Esta estructura de la que estamos hablando –eje sincrónico–, que caracteriza cualquier sistema y en este caso, el familiar, se va constituyendo progresiva-

mente a través del tiempo como consecuencia de las fluctuaciones del medio tanto interno como externo al sistema –eje diacrónico–. Pero el problema se encuentra en el hecho de que algunas veces, ante las citadas fluctuaciones del medio, el sistema se reestructura cerrándose y, consecuentemente, bloqueando la evolución de todos los sistemas y subsistemas en él implicados. La gran importancia que tiene intervenir sobre la estructura, tanto para prevenir como para curar, explica que dentro de la utilización del paradigma sistémico en salud comunitaria, los mayores esfuerzos hayan ido orientados hacia el diagnóstico estructural y hacia la deseable reestructuración del sistema, en aras de una mayor flexibilidad.

Referencias

- BERTALANFFY, L.v. (1968). *General system theory*. Nueva York: Braziller.
- BERTALANFFY, L.v. (1975). *Perspectives on general system theory-scientific-philosophical studies*. Nueva York: Braziller. (*Perspectivas en la teoría general de sistemas*. Madrid: Alianza, 1979).
- BOWEN, M. (1960). A family concept of schizophrenia. En D. Jackson (comp.). *The etiology of schizophrenia*. Nueva York: Basic Books.
- DELCLAUX, I. y SEOANE, J. (eds.) (1982). *Psicología cognitiva y procesamiento de la información*. Madrid: Pirámide.
- FONTAINE, P. (1984). Una familia sana. *Psicopatología*, 4,3. 283-293.
- MADANES, C. (1984). *Terapia familiar estratégica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- MINUCHIN, S. (1974). *Families and family therapy*. Cambridge: Harvard University Press. (*Familias y terapia familiar*. Barcelona: Granica, 1977).
- MINUCHIN, S. y cols. (1972). Therapeutically induced, family crisis. En C.J. Sager y H.S. Kaplan (eds.). *Progress in group and family therapy*. Nueva York: Brunner & Mazel.
- MINUCHIN, S. y FISCHMAN, H. CH. (1981). *Family therapy techniques*. Harvard: Harvard University Press. (*Técnicas de terapia familiar*. Buenos Aires: Paidós, 1984).
- RUIZ DE M., J.L. (1983). La familia como sistema. En T. Suarez y C.F. Rogero (eds.). *Paradigma sistémico y terapia de familia*. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- SANCHEZ, E.F. (1985). *Cuestionario de interacción familiar*. Sevilla: Mad.
- SANCHEZ, E.F. (1987). Diagnóstico de una familia con el cuestionario de interacción familiar (CIF). En *VIII Jornadas de Terapia Familiar. Evaluación en terapia familiar: Fracasos, límites y errores*. Zaragoza: Actas de las Jornadas.
- SANCHEZ, E.F. (1988). *Una visión sistémica de la familia*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Sevilla.
- SELVINI P., M.; BOSCOLO, L.; CECCHIN, G.; PRATA, G.; (1975). *Paradosso e contrapadosso*. Milano: Feltrinelli. (*Paradoja y contrapadoja. Un nuevo modelo en la terapia familiar y transacción esquizofrénica*. Buenos Aires: A.C.E., 1982).
- SIMON, H.A. (1962). The architecture of complexity. *Proceeding of the American Philosophical Society*, 106,6.
- WATZLAWICK, P. (1983). *Anleitung zum unglücklichsein*. Munich: R. Piper & Go. Verlag.
- WERTHEIM, E.S. (1973). Family unit therapy. The science and thypology of family systems. *Family Process*, 12. 361-376.
- WILLI, J. (1975). *Die zweier-beziehung*. Hamburgo: Rowohlt Verlag GmbH. (*La pareja humana: Relación y conflicto*. Madrid, Morata, 1978).
- ZUK, G.H. (1981). *Family therapy*. Nueva York: Human Sciences Press. (*Psicoterapia familiar. Un enfoque triádico*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982).